

NÚMERO 54

JEAN MEYER

El celibato sacerdotal en la Iglesia Católica

MARZO 2009



www.cide.edu

• Las colecciones de **Documentos de Trabajo** del **CIDE** representan un medio para difundir los avances de la labor de investigación, y para permitir que los autores reciban comentarios antes de su publicación definitiva. Se agradecerá que los comentarios se hagan llegar directamente al (los) autor(es).

• D.R. © 2009. Centro de Investigación y Docencia Económicas, carretera México-Toluca 3655 (km. 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
Fax: 5727•9800 ext. 6314
Correo electrónico: publicaciones@cide.edu
www.cide.edu

• Producción a cargo del (los) autor(es), por lo que tanto el contenido así como el estilo y la redacción son su responsabilidad.

Resumen

Reflexiones preliminares al final de una larga investigación histórica sobre “un tema de actualidad”, como lo es la pregunta sobre un eventual cambio en la disciplina romana, vieja de ocho siglos, que consiste en ordenar al sacerdocio únicamente hombres célibes. Las dificultades del tema; la mujer y Dios; cuerpo y sociedad en los primeros siglos del cristianismo, hasta San Agustín.

Abstract

Preliminary reflections after a long historical investigation on an « actual debate » on a possible change in the imposition of sacerdotal celibacy in the Roman Catholic church, a discipline old of eight centuries , not to be found in the other Christian churches ,either the Orthodox , or the Protestant Churches. Difficulties of the subject; the woman and God; body and society from Seneca to Augustine.

Résumé

Réflexions préliminaires au terme d'une longue enquête historique sur un « sujet d'actualité », à savoir le débat sur un éventuel changement dans la discipline romaine, vieille de huit siècles, qui consiste à n'ordonner au sacerdoce que des hommes célibataires. Les difficultés inhérentes au thème; la femme et Dieu ; corps et société dans les premiers siècles du christianisme, jusqu'à Saint Augustin.

Introducción

“El sacerdote le respondió (a David): “sólo tengo pan sagrado. Te lo daré si los muchachos no están contaminados, sobre todo con las mujeres. David le contestó: “Ciertamente nos hemos abstenido de mujer ayer y anteayer:”
1 Samuel, 21, 1-6

“En el seno de una misma fe, una costumbre diferente no daña a la Santa Iglesia”
Gregorio el Grande, Carta a Leandro de Sevilla

PRELIMINARIA

El lector ha de perdonar pero como el autor no quiere engañarlo, siente la obligación de hacerle compartir su reflexión sobre la manera de hacer la historia, de escribir la historia. Al final de una larga investigación sobre “un tema de actualidad”, como lo es el celibato sacerdotal en la rama latina que es mayoritaria en la Iglesia católica, tiene que advertir que escribir la historia no es obvio. Ese tema, como muchos otros, es inmenso y, como en matemáticas, nadie domina el campo, nadie puede pretender que lo ha leído todo: para fines del siglo XIX un erudito prelado húngaro había recopilado más de 8,000 títulos de libros y artículos sobre el celibato sacerdotal; un siglo después la lista casi duplicó. Ciertamente hay muchas repeticiones, pero a lo largo de dos mil años es muy amplia la materia.

Otro problema es que el historiador debe contar una historia, historia en el sentido más generoso de la palabra, es decir que abraza todos los tipos de documentos, relatos, anécdotas, análisis. Siegfried Kracauer dice que “al contar una historia (“story”), el historiador responde a una necesidad que nace de una calidad peculiar de la realidad histórica. Es algo mal aceptado hoy.¹ Es que el historiador se topa con entidades irreductibles que resultan del encuentro de series de eventos que normalmente no están relacionadas y que marcan el surgimiento de algo nuevo, como lo fue la imposición del celibato sacerdotal en la Iglesia latina en el parteaguas de los siglos XI y XII. Economía, sociedad, cultura, política, demografía, ciencias, son campos autónomos con su dinámica y su ritmo propios. Frente a la cantidad inagotable de “causas”, para escapar al determinismo de las explicaciones “científicas”, el historiador debe aceptar tranquilamente que la historia no es una ciencia, o que es una ciencia muy especial, una ciencia que, ni modo, exige la narrativa. Hace muchos años, un crítico dictaminó que mi libro “La

¹ Siegfried Kracauer.- *L'histoire des avant-dernières choses*, Paris, Stock, 2006: 88. (History. The Last Things Before the Last, Oxford U.P. ,1969)

Cristiada”, publicado por primera vez en 1973, era “mucha narrativa y poca historia”. Persisto en la convicción que el historiador debe contar una historia.

Cuando uno recorre largos periodos, entre diecisiete y veinte siglos en nuestro caso, tiene que tratar una masa enorme y opaca, difícil de interpretar, de hechos. La tarea consiste en volver inteligible ese material bruto, heterogéneo, oscuro. Hay que registrar los hechos para luego explicarlos, registrar y crear una lectura, una interpretación, lo cual plantea la cuestión de la posibilidad de entender al pasado. Se ha dicho muchas veces que el historiador es hijo de su tiempo, que cada generación plantea al pasado las preguntas de su presente, y eso no deja de ser peligroso porque corre el riesgo de no ver o de tapar ciertas fuentes. Su interés por el presente puede afectar su visión del pasado. Si, en 2008, estoy a favor de la ordenación sacerdotal de hombres casados, si pienso que los sacerdotes célibes deberían poder casarse —dos cuestiones diferentes, por cierto—, en lugar de escuchar y dialogar con los muertos, con San Pablo, San Agustín, Santo Tomás y otros más, voy a hacer solo toda la conversación. Es lo que se llama el pecado de anacronismo. Soy hijo de mi tiempo, sin embargo intento ser hijo de los tiempos que estudio, lo que me obliga a olvidar las preocupaciones de mi época. “Como Orfeo, el historiador debe bajar al mundo inferior para devolver los muertos a la vida (...) Los pierde cuando, al resurgir en la luz del presente, se voltea por miedo de perderlos.”²

Hacer historia es viajar a otro país, el viaje en el pasado es un viaje al extranjero, hasta puede ser un duro exilio; muchos turistas no ven nada de la realidad de los países que visitan y fotografían. Cuando leo a San Jerónimo, a Pedro Damiano, a los padres del Concilio de Trento, a los sexólogos del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX, debo ser muy humilde, dejarlos hablar en lugar de reír, indignar o espantarme. Estos hombres son mis antepasados, si bien sus costumbres no son las mías, y el celibato sacerdotal cuya institución pretendo estudiar, ellos lo han preparado, establecido, consolidado. Dura hasta hoy, sigue siendo parte integrante de la Iglesia católica en su rama latina (No tardaré en justificar esa expresión “en su rama latina”). Cuando lo estudio en sus orígenes, hace diecisiete, diez, ocho siglos, incluso hace cincuenta años, antes de nuestra gran revolución sexual que empieza con la píldora, ¿estoy seguro de despojarme de toda pasión, de mi condición de hombre del siglo XXI principiante, después de haber sido adolescente en los años 1960? Bien lo dijo Georges Duby: tengo que esforzarme sin descanso para respetar, restituir la diferencia entre el objeto de mi estudio y yo mismo, para no olvidar que un milenio a lo menos me separa de él; hay que aceptar este apilamiento de siglos que cubre casi todo lo que quisiera ver claramente. El historiador como arqueólogo...

² Siegfried Kracauer: 140.

Después de establecer y organizar los hechos en mis ficheros y en mi cabeza, paso a la interpretación y es lo que hago cuando emprendo mi narrativa. Pero ¿Cuándo regreso del pasado, después de varios años de investigación, sigo siendo la misma persona que había dejado el presente para incursionar en los siglos de los siglos?; un presente marcado entonces por la pregunta de muchos católicos, y no católicos: ¿el nuevo Papa, Benedicto XVI, tomará la decisión de ordenar hombres casados? Samuel Ruiz, entonces arzobispo de San Cristóbal, me había contado cómo planteó a Juan Pablo II la necesidad de ordenar hombres casados entre los indígenas de Chiapas. El Papa le contestó que él no podía tomar esa decisión pero que “no le daba el carpetazo al expediente y confiaba el asunto a su futuro sucesor”. Y también, en modo menor: ¿la Iglesia católica ordenará algún día a las mujeres? Eso me había pasado hace muchos años, al término de mi investigación sobre la Cristiada que me llevó a abandonar mis hipótesis y opiniones iniciales. Uno aprende en camino, cambia de dirección, cambia a secas, para entender. Mi relato es mi interpretación.

Contaré esa historia de manera clásica, al filo de los siglos. En los cuatro primeros siglos del cristianismo, el celibato sacerdotal fue valorizado, celebrado sin ser obligatorio, tanto en el Occidente latino como en el Oriente del imperio romano. Del siglo IV al siglo XII, en medio de cambios revolucionarios, se desarrollaron leyes precisas, con una divergencia a fines del siglo VII entre Oriente y Occidente; la posición oriental quedó definida en 692 y se mantiene tal cual hasta hoy. En el siglo XII dos concilios de Letrán impusieron el celibato sacerdotal para la Iglesia latina. La historia de los siglos XII a XV no trae ninguna novedad institucional, sino los éxitos espectaculares y los fracasos rotundos de la nueva disciplina. La crisis existencial de los sacerdotes que no quieren o no pueden vivir la continencia se manifiesta claramente en el siglo XVI cuando la Reforma protestante, dirigida por monjes y sacerdotes, atrae una multitud de clérigos: restablece la posibilidad de un clero casado, incluso de obispos casados (lo que las Iglesias ortodoxas no permiten).

El Concilio de Trento confirma y endurece la postura de una Iglesia católica que, sin embargo, permite una curiosa e importante excepción: en su afán de recuperar la unión con las Iglesias ortodoxas, Roma, desde el siglo XV concede a los “reunidos” conservar no sólo sus ritos, su liturgia, sus trajes, sino su disciplina, a saber la ordenación sacerdotal de hombres casados. Como son varias y numerosas las Iglesias orientales —armenios, greco católicos, rutenas, sirio malabares, ucranianos...—, precisé en el título del libro: “La Iglesia latina”, que forma la mayoría pero no la totalidad de la Iglesia católica romana.

Desde el concilio tridentino hasta el momento presente (2008), sin novedad en el frente del celibato sacerdotal. La Iglesia católica sufrió las embestidas de las Luces, la revolución francesa, la mexicana, los

totalitarismos, la revolución sexual... y el concilio de Vaticano II no cambió nada, si bien despertó esperanzas, inquietudes, decepciones en la materia, acompañadas por un gran ola de deserciones sacerdotales y monjiles. Las Iglesias protestantes siguen con sus pastores y obispos eventualmente y en su mayoría casados, si bien algunas recuperan el interés por la vida monacal y la continencia voluntaria. Las Iglesias ortodoxas mantienen su disciplina más que milenaria: ordenar hombres casados; el célibe, una vez ordenado sacerdote, no puede casarse. Los obispos se reclutan exclusivamente entre monjes, es decir célibes.

Al abrazar toda la historia del cristianismo, me encuentro en la situación del historiador generalista arrastrado por la catarata de los siglos y que persigue su objeto, el celibato sacerdotal, en medio de otros objetos que se llaman judaísmo, maniqueísmo, filosofía griega, estoicismo, apogeo y ruina del imperio romano, imperio bizantino, invasiones germánicas, feudalismo, papado etc.... Por un lado una secuencia, aparentemente continua que va del soltero Jesús hasta el sacerdote católico latino de hoy, por el otro el impacto o la influencia sobre ella de todo lo que acabo de enumerar. ¿Cómo comparar una civilización antigua que descansa sobre la Polis y ofrece su cuna al cristianismo, a una medieval que descansa sobre la Iglesia y una moderna que se funda sobre el liberalismo? La pieza "celibato sacerdotal" se mete de manera diferente en cada uno de estos tres rompecabezas. Es mucho más fácil tratar el mismo tema en un marco temporal y espacial preciso: "la Revolución francesa pone fin al celibato sacerdotal", por ejemplo.

La ventaja, para el generalista, consiste en ver su objeto de lejos, en perspectiva, mientras que el especialista corre el riesgo de hundirse en la masa de los documentos y en los detalles. La desventaja es que suele caer en simplificaciones abusivas y generalizaciones engañosas. Inútil decir que no adopté ninguna de las numerosas filosofías que pretenden explicar la totalidad del proceso histórico. Intentaré, sin lograrlo siempre, eliminar palabras como "corriente, desarrollo, tendencia, evolución, crecimiento, progreso" y los verbos correspondientes para escapar a la impresión de fatalidad, de destino, de marcha de los acontecimientos conduciendo inevitablemente al tiempo presente. Para recuperar las contradicciones, las incoherencias, las falsas pistas, en una palabra: el caos.

No va a ser fácil porque a las dificultades anteriores, se suma una más. Entre la religión y la sexualidad, hay un juego perpetuo de ocultación, consentimiento, renuncia; de exaltación, represión, sublimación; de búsqueda del "justo medio". En tiempos pasados el cristianismo dominante ofrecía cierta lectura del encuentro entre religión y sexualidad, orientaba el amor de diversas maneras. Por ejemplo, ofreció una lectura mística, alegorizada, "espiritual" del Cántico de los Cánticos, transformando un poema erótico en diálogo entre el alma y Dios, unión entre Cristo y su Iglesia. Nuestro tiempo no aguanta, no entiende esa metáfora y Eros ha recuperado toda su fuerza para

enfrentar el amor de Dios. Son dos experiencias rivales, paralelas, alternativamente victoriosas y derrotadas. Hoy Eros, deidad masculina, parece tomar una revancha contra la Iglesia, figura femenina gobernada por varones célibes en la Iglesia latina, por obispos célibes en las Iglesias orientales.

Pero, en esa historia, ¿debo poner el cristianismo siempre en primera fila? ¿Cuál es el factor dominante en la difícil exigencia de un celibato sacerdotal, la religión o la sociedad? Parece que la sociedad con todas sus variables, si uno piensa que Oriente y Occidente cristianos adoptan líneas diferentes y que en el siglo XVI, el Occidente latino, dividido en católicos y protestantes, se divide también sobre la cuestión aquella. ¿Cuál es el peso de las estructuras sociales, familiares, antropológicas, para entender no solamente la adopción o no del celibato sacerdotal, sino las relaciones entre hombres y mujeres, en tal momento, en tal lugar? ¿Cómo distinguir entre las fuerzas sociales, las circunstancias y las ideas? Habría que pensar conjuntamente y combinar teología e historia, psicología y psicoanálisis, eclesiología y sociología religiosa, culturas y mentalidades para dar su verdadero sentido al acontecimiento, a la novedad: la adopción e imposición del celibato sacerdotal, y su difícil recepción. No aprecio muy bien lo que es el imaginario de San Agustín, cuesta trabajo “sentir” lo dicho por Tomás de Aquino o Ignacio de Loyola. Nuestra época que afirma el primado de la decisión individual ¿puede entender las épocas que no lo imaginaban? Nos parece absurdo, cuando no mentiroso, el relato de los monjes que a la hora de la “conquista espiritual” de México bautizaban miles y miles de personas en un solo día, y nos burlamos de “la maravillosa conversión” de pueblos enteros. Sin embargo el error es nuestro y así pasó efectivamente con los “bárbaros” al final del imperio romano, con los pueblos germánicos, eslavos, escandinavos entre los siglos IV y XIV. Nuestro individualismo no entiende ese fenómeno. ¿Puede entender valores exaltados en otros tiempos como “continencia”, “castidad”, “virginidad”?

Desde los principios de la Cristiandad hay una enseñanza que valoriza el celibato y la continencia en ambos sexos y perdura a lo largo de los siglos, pero las razones, el discurso, el contexto cambian; de hecho la enseñanza cambia. No tiene una permanencia abstracta e independiente de la historia. Le toca al historiador marcar las circunstancias en las cuales la doctrina se elabora, se modifica; le toca señalar las novedades de las cuales el autor no era siempre conciente, señalar también los elementos doctrinales olvidados o rebasados, así como los factores que empujan hoy hacia el cambio. ¡Cuidado! El historiador se vuelve entonces casi un profeta.

Beneficiamos, historiadores y lectores, de una pléyade de autores admirables que, a lo largo de los últimos cuarenta años, renovaron los temas de sexualidad, amor y religión, la historia de las mujeres y del cristianismo. Me ha sido muy útil la lectura de Peter Brown, Pierre Chaunu, Jean Delumeau,

Georges Duby, Michel Foucault, Paul Veyne, para citar los principales que están traducidos al español. Gracias a ellos y a sus alumnos, podemos liberarnos de clichés y otros simplismos, como el de afirmar que todos nuestros males en la materia se deben al cristianismo. Gracias a ellos sabemos que San Agustín no es el buen chivo expiatorio, que debemos asumir nuestros problemas sin buscar un responsable en el pasado. Michel Foucault dijo que “es nuestra razón de vivir creer que vivimos una liberación sexual” y por lo tanto tuvimos que “construir” el mito de la “represión sexual” desde Agustín hasta los Victorianos.³ “La pregunta que quisiera plantear no es: ¿por qué somos reprimidos? Sino ¿por qué decimos con tanta pasión, tanto rencor contra nuestro pasado más próximo, contra nuestro presente y contra nosotros mismos, que somos reprimidos?”

¿Por qué darle al cristianismo el privilegio de ser LA causa primera y única, en lugar de dar su parte a las estructuras sociales, culturales, antropológicas? No cabe duda que el cristianismo ha creado, más que el budismo, el judaísmo o el Islam, tensiones con la sexualidad, pero toda tensión no es negativa y profundizar la relación entre sexualidad y subjetividad ha sido uno de sus aportes. El cristianismo planteó preguntas nuevas y encontró nuevas soluciones: puso como regla que no hay ejercicio de la sexualidad sin los sentimientos, que no existe el acto sexual en sí, aún cuando esto les parezca extravagante, estimada lectora, estimado lector. Exploró los lazos entre la sexualidad y nuestra vida, la persona, el individuo en todas sus dimensiones visibles e indivisibles. Por lo mismo, ciertamente, ha suscitado también neurosis, obsesiones enfermizas, negaciones mortíferas. En suma, como mejor lo dice Jean-Claude Eslin,⁴ ha mantenido el carácter enigmático de la sexualidad, muy lejos del funcionalismo a la Kolontai, aristócrata rusa y embajadora soviética en México en tiempos del presidente Calles (“Hacer el amor es como tomar un vaso de agua; cuando uno tiene sed, toma el vaso y punto”).

Articular lo sexual con el mandamiento del amor al prójimo no ha sido fácil, pero ese primado de la “caritas” como solo absoluto llevó al cristianismo a privilegiar dos estados de vida, el celibato y el matrimonio, lo que daba algo de libertad, tanto a los hombres como a las mujeres, liberados del matrimonio obligatorio y de la procreación no menos obligatoria. El cristianismo ha pensado siempre las cosas del amor y de la sexualidad; no lo digo yo, sino Jacques Lacan y Michel Foucault. El catolicismo es un arte de la síntesis y ha formulado síntesis sucesivas de fe y cultura. Cuando cambia la cultura, la síntesis pierde sentido o se derrumba. Es lo que está pasando con el triunfo de una nueva civilización, la nuestra, que obligará a una Iglesia reticente a abandonar su síntesis ya rebasada de moral, espiritualidad y antropología para elaborar una nueva.

³ Michel Foucault.-*La Volonté de Savoir, I Nous autres, victoriens*, Paris, Gallimard, 1976.

⁴ Jean-Claude Eslin, “Amour et Sexualité: la matrice chrétienne”, in *Esprit*, mars-avril 2001: 53.

Intentaré captar y presentar las circunstancias y las fuerzas que afectaron la tesis preferencial pero optativa, luego la disciplina posteriormente vuelta obligatoria del celibato sacerdotal en un sector geográficamente definido de la Cristiandad: la Iglesia latina. Las ideas tienen su propia consistencia y su lógica interna que, en buena parte, afecta a los que las manejan. Por eso hay que combinar teoría y circunstancia, tesis y práctica, acción y reacción. Reacción porque es la historia de un intento perseverante que encuentra una tenaz resistencia, una labor de Sísifo, generación, tras generación. Por lo mismo hay una fascinante repetición de los mismos argumentos a lo largo del tiempo, a favor o en contra, en circunstancias cambiantes. Es un capítulo de historia de las ideas, a la vez que un capítulo de antropología histórica de la sexualidad vivida como sublimada, una combinación de teología y biología, con sus consecuencias psicológicas y sociales en épocas y lugares muy diferentes. No es lo mismo el Vietnam católico o la África negra católica de hoy que la Nueva España del siglo XVIII, la España visigótica o la Hipona de San Agustín. Por eso adopto un plan cronológico, para entender a cuales condiciones históricas responde la teoría del celibato y su implementación. ¿A cual realidad responde y cómo la transforma, cuando logra hacerlo? El esfuerzo secular del Papado para primero generalizar, luego imponer el celibato sacerdotal, con represión y formación (desde la más tierna edad) manifiesta la importancia que tenía para la cúpula de la Iglesia. Es inseparable de sus Reformas sucesivas, carolingia, gregoriana y tridentina, de la voluntad de independencia absoluta, cuando no de supremacía de la Iglesia, lo que implica la creación de un cuerpo de "funcionarios de lo sagrado", de tiempo completo, sin más intereses que el servicio de la institución eclesiástica. Inseparable también de la movilización de actores multitudinarios y anónimos, como lo son los pueblos; a veces a favor del celibato sacerdotal, a veces en contra. La misma ambigüedad, la misma contradicción se encuentra en el seno del clero, víctima y beneficiario de la novedad.

El lector católico del siglo XXI principiante podrá reaccionar frente a esa historia, como lo hicieron los católicos de todas las épocas, frente a una doctrina moral enunciada por las autoridades eclesiásticas: aceptar con devoción y sin problema, obedecer de manera conformista, criticar o rebelarse. La reacción no obedece solamente a la fe, sino a diferencias en el temperamento psicológico, en la actitud frente a la autoridad, al medio social. En ninguna época una tesis teológica o una medida disciplinaria ha sido recibida de la misma manera por todos y la fuerza de una reacción ha llevado a la modificación del enunciado o de la aplicación de la disciplina, con o sin excepciones. En el inventario que un cristiano puede hacer de su fe, encuentra tesis y creencias sobre las Escrituras, el pecado original, el infierno, los sacramentos, la sexualidad, el matrimonio, el valor de la vida humana etc... Todas tienen algo que ver con el ideal del celibato sacerdotal o

de la castidad de monjes y monjas. Todas han sufrido cambios a lo largo de la historia. Cuando el historiador escribe que "la Iglesia católica dice o hace", olvida precisar o ignora que no es la Iglesia que dice o hace, sino un hombre, unos hombres, unos católicos que ocupan tal o cual lugar en la institución y que dicen o hacen. No hay Papa, obispo, teólogo que no haya sido parcial o ampliamente criticado, refutado, hasta condenado. Ni San Agustín, ni Santo Tomás, nadie se salva. El historiador advierte que no se meterá en cuestiones teológicas, sino se limitará a mencionar las tesis de tal o cual Padre de la Iglesia así como su aceptación o no por la jerarquía y los fieles. La biología, tal como existe hoy, no estaba incluida en las Escrituras trabajadas por Orígenes, Jerónimo o Francisco de Sales y uno puede intuir inmediatamente cuánto la falta de información biológica pudo afectar sus discursos sobre la sexualidad, la castidad, la continencia.

Por fin, el celibato.

La Enciclopedia Británica de 1959 lo define así: 1.- El estado de ser no casado. Del latino "caelebs" que dio célibe. 2.- renuncia perpetua al matrimonio, especialmente por motivos religiosos.

La Espasa-Calpe, por su parte, trata: "1.- Del celibato en general. Es el estado opuesto al del matrimonio, no comprendiendo al de viudez, y así se llama célibe al soltero." 2.- "Del celibato eclesiástico. Es en general, coincidiendo todos los autores en el fondo de este concepto, el estado de no ser casado actualmente que se exige por la ley de la Iglesia a los ordenados "in sacris". No se les exige la virginidad, pero sí se exige que sean continentes y ejemplares. Constituye por lo tanto el celibato un deber negativo-positivo de los clérigos: negativo, en cuanto les veda el ser actualmente casados; positivo, en cuanto les ordena ser castos y ejemplares." Obviamente "la Iglesia" era para Espasa-Calpe, la Iglesia católica romana y latina. El diccionario Webster define la castidad como "la abstención de actividad sexual ilegal: se dice especialmente de las mujeres. Continencia sexual"; celibato es "el estado de ser no casado, especialmente para las personas que han pronunciado un voto". "Virginidad: el estado de virgen, castidad, soltería."

Que se me permita una breve digresión: el celibato fue el estado de Juana de Arco, Isabel I de Inglaterra, "la Reina virgen", Florence Nightingale, Leonardo da Vinci, Isaac Newton, Immanuel Kant y quizá Mahatma Gandhi con sus experimentos del "brahmacharya": aquellas noches desnudas que pasaba entre dos jóvenes y hermosas mujeres, para probar su castidad; repetía sin saberlo la misma experiencia realizada más de diez siglos antes por un famoso monje irlandés que figura en el santoral romano. El celibato, religioso o no, la continencia, religiosa o no, definitiva o temporal se encuentran en todas las sociedades, en todas las épocas, antes del cristianismo, en el hinduismo, budismo, jainismo, luego en el cristianismo y por lo mismo nadie debería hablar de conducta anormal o antinatural.

Durante mucho tiempo la castidad definió tanto a los esposos fieles como a las vírgenes, pero nos hemos olvidado de este sentido y cuando hablamos de castidad o de celibato, pensamos en la abstención de relaciones sexuales, para un rato o para siempre, por voluntad propia o por imposición. El cristianismo no ha tenido el privilegio de concepciones negativas y represivas del sexo, tampoco de las obsesiones de pureza, castidad, celibato sacerdotal y monacal. Ha tenido, no siempre, esas concepciones, pero la historia se vale de astucias y los que hoy en día ven en las monjas unas pobres víctimas no saben que las mujeres, desde la Roma imperial hasta el México machista de hoy, han sabido utilizar esa disciplina impuesta como un instrumento de liberación; liberación de un matrimonio para nada positivo, emancipación del género masculino, gracias a un esposo que está en el cielo y que no les pide mucho. Las matronas romanas, amigas y mecenas de San Jerónimo, las amigas de los Padres de la Iglesia, las famosas Hildegarde de Bingen, Catalina de Siena que regañaba a reyes, emperadores y papas, las abadesas superiores a obispos y príncipes, Santa Teresa, Juana de Asbaje, la Madre Teresa de Calcuta, son los ejemplos más famosos de un hecho masivo: su celibato hizo de muchas mujeres unas personas independientes, capaces de viajar y estudiar, discutir, escribir, predicar y, más que todo, dirigir su propia vida, cuando esto era un privilegio masculino.

Regreso al celibato sacerdotal, celibato masculino, porque hasta la fecha las Iglesias católica y ortodoxas no admiten la mujer al sacerdocio. De ser el celibato un ideal mencionado por San Pablo para los ministros de la pequeña Iglesia primitiva en expansión, de ser a partir del siglo III y del final de las persecuciones la característica del monaquismo surgido, para ambos sexos, en el Oriente cristiano, en Egipto y Siria, pasó a ser el sueño y la meta de los monjes-obispos que trabajaron para transformar los sacerdotes, casados o no, en otros tantos monjes. Lo lograron en el Occidente latino, cuando y a la vez que triunfaba el clericalismo, a la hora del gran conflicto entre el Sacerdocio y el Imperio, los Papas y los Emperadores. Antes de empezar la historia hay que insistir sobre el hecho de que el celibato sacerdotal no es un punto del dogma, sino una cuestión de disciplina que más que de la teología releva de la antropología. Fenómeno eclesiástico, es un hecho social, ligado a cierta sociedad histórica y no arraigado en "la Revelación" o en "la verdad eterna del cristianismo". Llegó a ser, a partir de cierta fecha, un imperativo categórico en la mayor parte (no en toda) de la Iglesia católica. De la misma manera, por razones sociológicas y culturales, que no teológicas, podría volver a ser una opción facultativa.

SIETE SIGLOS

Capítulo primero.- LA MUJER Y DIOS

La mujer y Dios, y no el sexo o la sexualidad y Dios, porque el celibato sacerdotal, que en realidad es la continencia para el sacerdote, exige la ausencia de relaciones sexuales con la mujer, en el marco del servicio del "funcionario de Dios".

La mujer es, todos los antropólogos lo admiten, dueña de la sexualidad. Por lo mismo tiene un poder que los hombres temen, por más que tengan una fuerza muscular superior y hayan, en muchas sociedades, relegado la mujer a una posición de sometimiento y servicio; ese triunfo no quita el miedo frente a la fuente de vida, a la madre, a la mujer que tiene, en promedio, un deseo de niño superior al deseo del hombre. La prehistoria, la historia de los 40/50,000 años de nuestra humanidad presente, no tiene todos los datos para afirmar qué fue primero, el matriarcado o el patriarcado, con todas sus consecuencias religiosas. La primera tumba, señal de conciencia de la muerte, tiene esa edad. Nacer, morir, saber que moriré, conduce al sagrado, tal como lo conciben Roger Caillois y Mircea Eliade. Las mujeres dan la vida y se dice que el varón conserva toda la vida la nostalgia del vientre, luego del pecho de la madre; con la invención del fuego y de la agricultura que lleva a la estabilidad en pueblos y ciudades, la mujer es la encargada del fuego, fogón de la cocina —ella alimenta—, fuego sagrado del templo y del altar, cuya muerte le cuesta la vida a la virgen romana, a la vestal que lo descuida. Por eso se pudo pensar que en las primeras religiones, tanto las divinidades como sus sacerdotes y profetas, eran femeninas: dioses mujeres con sus sacerdotisas y profetisas. Lo que no admite duda alguna es la cercanía de la mujer con la religión, con lo sagrado, desde los tiempos más remotos hasta hoy. Al principio de cada vida, y al final también, si recordamos a las que lavan y visten el cuerpo del difunto y a las plañideras, la presencia protectora de la mujer, a la fuente misma de lo más misterioso y sagrado, la vida y la muerte.

Politeísmos y paganismos han conocido dioses y diosas y su multiplicidad misma les evitó preguntarse cuál era el sexo de Dios. El Dios de Israel, Adonai, para evitar el impronunciable tetragrama, se encuentra al origen de los tres grandes monoteísmos, judaísmo, cristianismo, Islam. "El". Los psicoanalistas podrían calmar las sospechas de las feministas más radicales al proponer para Dios el neutro, ni masculino, ni femenino que manejan muchos idiomas. Obviamente "El" no es ni masculino, ni femenino y no tiene nada que ver con el anciano barbón que la Edad Media europea a su final, el Renacimiento a su principio, inventó contra toda buena teología e iconografía.

¿Y la mujer? Uno puede invertir la lectura tradicional de Génesis que hace de ella el instrumento del Tentador, la que convence al débil Adán de comer la manzana, el fruto del árbol de la Ciencia; en esa lectura que la condena y justificará muchas injusticias, Adán se manifiesta como un ser débil, hay que

insistir en ese punto. Otra lectura desarrollaría esa constatación: al pie del árbol es ella quien toma la decisión de conocer, quien escoge. San Agustín escribe que “no estaba permitido tentar a la mujer sino por medio de la serpiente, y al hombre por medio de la mujer.” Históricamente, ella conserva y transmite los valores, de la misma manera que enseña a sus hijos la lengua “materna”. Todos los regímenes decididos a erradicar una religión han tomado rápidamente conciencia de que las mujeres son el principal obstáculo a su empresa. ¿Por qué en el antiguo Israel, había que buscar la esposa entre las familias judías y, si necesario, casarse con la prima, con la media hermana? Porque el débil Adán se inclina siempre hacia los valores de su Eva y si ella es filisteo o sirio, impondrá el culto de Baal o Astarté.

Los cristianos no pueden olvidar que la cumbre de su “Historia Santa” es la Encarnación y que si Cristo es hombre, “*verus homo unius vero deo*”, nació de una mujer, María: “aquí está la sirvienta del Señor, que se haga en mí conforme a tu palabra” (Lucas, I, 38). En sus relaciones con las mujeres, Jesús rompe con el judaísmo de la época, con todas las religiones del Medio Oriente, con todo el Mediterráneo de “La república de los primos” (Germaine Tillon dio este título iluminador a su antropología del machismo). Algo sin precedentes: está rodeado de mujeres y todo el Evangelio lo subraya. La samaritana es la primera en saber que él es el Mesías (Juan 4, 2-6) y María de Magdala es el primer ser humano en encontrar al Resucitado. Los historiadores han contado el combate de las Iglesias cristianas por promover a lo largo de los siglos a la mujer y también todo lo que las Iglesias deben a las mujeres, “sirvientas de la Iglesia”, las monjas católicas y ortodoxas, mucho más numerosas que los monjes y los sacerdotes, las diaconisas protestantes... Ya que de monjas se trata, hay que saber que el entusiasmo del cristianismo primitivo por la castidad (concebida como matrimonio, unión con Cristo) se debe en buena parte al hecho de que era una liberación del matrimonio impuesto por la familia y la sociedad, sin posibilidad de escoger al cónyuge —palabra terrible que viene del latín y que significa “él o la que comparte el yugo”. Liberación tanto para los hombres como para las mujeres quienes encuentran su placer en el casto celibato.

La promoción de la mujer no les gustó a los hombres, cristianos o no, desde los Padres de la Iglesia, no todos, herederos de Platón, hasta Kant, Schopenhauer, Kierkegaard, Nietzsche, grandes filósofos todos, célibes todos. ¿No dijo Sören Kierkegaard que “la cuestión no es que el sacerdote debería ser no casado, sino que el cristiano debería ser no casado”? Y Federico Nietzsche: “el feminismo es la enfermedad de la democracia”. ¡Qué contraste con Jesús el ginéfilo!

Eugen Drewermann señala que el Antiguo Testamento no pudo vencer el miedo al tabú de la virginidad así como de la menstruación de la mujer; lo agravó con su catálogo de leyes de purificación, la clasificación binaria en puro e impuro: prácticas muy arcaicas bien anteriores a Moisés, presentes en

el judaísmo y en el Islam, en la África negra, en toda el área semítica. Jesús, al curar la mujer hemorroísa de su flujo de sangre (Marcos 5 ,25-34) enseñó el camino de la liberación de las mujeres de ese terrible fardo, aún cuando las Iglesias hayan conservado un tiempo rituales de purificación después del parto o prohibido a las mujeres de acercarse al altar durante sus reglas.⁵

Capítulo segundo.- CUERPO Y SOCIEDAD

El temor frente al acto sexual es presente en todas las culturas. El miedo al placer no se puede separar del miedo a la muerte. Sobran los dichos y refranes milenarios: "post coitum, animal triste" o "la pequeña muerte". La broma de Voltaire, "el hombre es un animal que bebe sin tener sed y hace el amor en todas las estaciones", es profunda. Pierre Chaunu comenta: "el placer gustativo en el hombre rebasa por mucho la necesidad de alimentarse, el placer sexual rebasa la meta de la procreación. De modo que tiene doble filo. Un animal no come ni bebe más allá de su hambre y sed. Una vez apaciguado su instinto, deja de copular. Al aislar el placer de su fin, el hombre puede destruirse. Todas las culturas lo han experimentado. Importa por lo tanto que las culturas establezcan barreras bajo la forma de valiosos tabúes, complejos, interdictos, inhibiciones que sustituyen con la ley y la costumbre al instinto protector desaparecido. Es una paradoja, pero contra lo que muchos creen, el temor del exceso sexual y la desconfianza frente a una sexualidad sin freno, que pueden amenazar la especie, el equilibrio del hombre, de la familia, de la ciudad, no se manifiestan ni de la manera más antigua, ni con más vigor, ni con más continuidad en la tradición judeocristiana. Más bien es la obsesión de la esterilidad que está en la memoria de los antiguos hebreos. Frente a la sexualidad, la antigua tradición hebraica se inclinaba hacia la confianza en la sabiduría y la belleza de una Creación que incluye la unión del hombre y de la mujer para que formen una sola carne.

El miedo vino de otra parte. De la raíz pagana. Luego fue profundamente integrado en la cultura judeocristiana, "porque el cristianismo es por esencia conservador, en el mejor sentido de la palabra, de la memoria".⁶

Platonismo, paganismo y los híbridos que engendró su encuentro con el cristianismo, gnosis y maniqueísmo, tienen en común un rechazo, una negación de toda sexualidad que corresponde a una devaluación del mundo real, sublunar, un desprecio de la materia, del cuerpo y de sus humores, un miedo fuerte a la sexualidad, cuando no se trata de un verdadero pánico. Estas pulsiones ascéticas, que se encuentran también en la India encontraron

⁵ Eugen Drewermann.- *Fonctionnaires de Dieu*, Paris, Albin Michel, 1993: 433.

⁶ Pierre Chaunu.- *Eglise, Culture, Société. Réforme et Contre-Réforme*, Paris, SEDES, 1980: 60.

un gran eco en el neo platonismo de los primeros Padres de la Iglesia. Pero hay que ir por partes.

Hay que olvidar la idea romántica de que el mundo romano precristiano era un paraíso de la no represión sexual y que el cristianismo vino a destruir el Edén; ciertamente existía un notable margen de tolerancia pero también tendencias y aspiraciones que hoy se calificaría de "puritanas", de modo que la historia de la cristianización del imperio romano no es la del paso de la libertad a la represión sexual, sino la "de una sutil transformación de la percepción del cuerpo como tal".⁷

Para Aristóteles, la mujer por no tener esperma, es eunuco y se limita a prestar el lugar en el cual se desarrolla el esperma fecundo del hombre: "por decirlo así, la mujer es un varón estéril", "un varón mutilado, las menstruaciones son un esperma impuro" (De la generación de los animales I,20); según Galeno, el gran médico del siglo II, para los romanos, los niños varones eran fetos que habían realizado todo su potencial, mientras que las niñas eran varones fallidos. Toda la educación tenía por meta el autodomínio masculino, opuesto a la violencia convulsiva femenina. Por lo mismo el orgasmo se consideraba una "epilepsia leve" y se pensaba que una frecuente actividad sexual disminuía la energía vital y la fertilidad. Fue "una de las muchas nociones que aportaron un firme apoyo a la continencia masculina en la sabiduría popular de un mundo donde pronto se predicaría el celibato cristiano".⁸

El control, la limitación de la actividad sexual es una constante entre los filósofos en la línea multiseccular del estoicismo. El emperador Julián, gran enemigo de los cristianos, después de la muerte de su esposa, observó una absoluta continencia, como un capítulo más en su conquista de la sobriedad: controlaba su alimentación, su sueño, sus actividades, seguía una dieta según cada estación, caminaba, se ejercitaba en el gimnasio, practicaba una forma de yoga. Había que ejercer un dominio absoluto sobre el cuerpo, en virtud de una vieja ciencia anatómica que tenía como meta limitar las pérdidas de calor, de energía: por lo tanto había que economizar el semen al máximo. Algo muy conocido de los chinos y presente en sus extraordinarios manuales de sexología. En tal perspectiva, las relaciones sexuales son siempre una amenaza peligrosa, puesto que, si no hay un control absoluto del cuerpo que permita evitar la pérdida de semen, provocan un debilitamiento fatal. Esa reconocida nocividad del coito conduce a la "continencia", "enkrateia" en griego, definida como "retención de esperma". Los más castos son los más fuertes, los más sanos. No es miedo al sexo, sino el mismo deseo de controlarlo todo. Para los estoicos, el coito tiene por solo fin tener hijos, algo que no figura en el Evangelio, pero que estará prometido a un gran futuro en el cristianismo.

⁷ Aline Rousselle.- *Porneia*, Barcelona, Península, 1989: 54.

⁸ *Idem*: 39.

China, la India, Roma... encontramos en la tradición romana antigua, como en la védica, un ritmo, un calendario, una división de los días en fastos y nefastos para la vida sexual en el matrimonio. El resultado es una impresionante limitación en el año de las relaciones sexuales, obviamente para evitar el peligro del "agotamiento". Todo lo contrario de lo que nos pinta el Satiricón de Petronio, a saber los excesos sexuales de una aristocracia del ocio. Dos aspectos opuestos de una misma sociedad. La reacción puritana dirigida por el emperador Augusto se expresa en el movimiento estoico, bien representado por un Séneca quien dice que el esposo no debe amar demasiado a su esposa. Galeno, por lo mismo, es favorable a la virginidad prolongada hasta el matrimonio, tanto para el varón como para la mujer.

A lo largo de los siglos I y II hubo un largo debate (del cual el cristianismo fue ausente) entre los médicos, sobre los méritos y los problemas de la continencia. Oponían la virginidad benéfica a la "histeria", es decir la continencia involuntaria de las viudas o de las no casadas, la histeria siendo el equivalente de la enfermedad del útero que se curaba con la actividad sexual. Los médicos quedaban atrapados entre su favor por la continencia y la dificultad de los cuerpos (femeninos, ciertamente, incapaces de autocontrolarse como los masculinos) para someterse a ella: por eso ciertas vírgenes tenían alucinaciones, impulsos suicidas, que curaba el matrimonio seguido del embarazo. Una escuela veía en el deseo sexual una enfermedad que debilita cuerpo y espíritu y señalaba la mejor salud de las vírgenes y de los continentes, mientras que la otra aconsejaba satisfacer el deseo para dejar en paz el espíritu. En síntesis. Galeno propone el ejercicio moderado de las facultades sexuales, sometidas a una verdadera dieta que recupera el calendario ya mencionado de la Roma antigua, dieta acompañada de todo tipo de privaciones sensoriales. Piensa sólo en el hombre, como cuando prescribe una masturbación rápida higiénica que permite el trabajo intelectual perturbado por el deseo.

Virginidad femenina y continencia masculina: antes del triunfo del cristianismo la sociedad, a lo menos parte de las elites, celebran esos dos valores; surge una nueva, quizá no tan nueva, moral sexual, ligada a una disciplina de vida, a una concepción del cuerpo, a una filosofía. El mismo Galeno que marcó la medicina por muchos siglos, se sorprende a fines del siglo II por la austeridad sexual de los cristianos, mujeres y hombres y exclama: "han alcanzado⁹ mediante la autodisciplina y el autocontrol un nivel no inferior al de los verdaderos filósofos". De lo que más se admira es la generalización a todos, hombres y mujeres, de un ideal filosófico precristiano, reservado a la aristocracia, sin poder distinguir en esto las preocupaciones específicamente cristianas. No ve, por ejemplo, que el cristianismo ofrece a las mujeres romanas la posibilidad de igualar al hombre en esa lucha contra el

⁹ Citado por Peter Brown en *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, 1985, I: 259.

deseo sexual sin relación con la procreación, la posibilidad de alcanzar una dignidad totalmente nueva.

Los discursos sobre la virginidad se habían convertido en una moda en Roma, antes del triunfo del cristianismo; retomaban temas antiguos sobre la necesidad de luchar contra la fuerza del deseo que desplaza el control de la razón sobre el cuerpo, sobre la continencia como conservación de la energía y remedio a la impotencia (resultado a su vez de una actividad sexual sin control), sobre la dietética como método para lograr la continencia: restringiendo la alimentación, bebiendo poco, privándose de sueño para disminuir las pulsiones sexuales. Todo lo cual estaba reservado al mundo masculino.

Cuando el cristianismo hereda esas prácticas, esa espiritualidad, las mujeres las hacen suyas. Aline Rousselle, en su libro pionero *Porneia* (1983), apunta que si bien las mujeres escribían, no tenemos sus cartas. Sin embargo logra adivinar cual pudo ser su interés por la continencia, en el caso de las viudas, por la virginidad en el caso de las jóvenes no casadas. En la sociedad romana, el matrimonio era impuesto por el padre a la hija (y al hijo) y lo normal era una gran diferencia de edad entre los esposos: el hombre tenía entre 30 y 40 años, era un “barbón”, mientras que la mujer tenía veinte años menos. Galeno nota que era costumbre entre los romanos sus contemporáneos casar sus hijas impúberas a los doce años. En tales condiciones las mujeres sólo conocían la penosa realidad de una vida conyugal de la cual el goce era ausente y que significaba el malhumor del “viejo”, el dolor del parto, el dolor mayor de la muerte (frecuente) de los niños. Casada a los doce, viuda a los treinta años, la matrona romana alcanzaba entonces la libertad y, para conservarla, evitaba segundas nupcias. Ellas proporcionarían al cristianismo su apoyo y su dinero. Si a esa condición, se le añade la contracepción y el infanticidio (femenino principalmente) para no dividir las herencias, se entiende que la continencia haya podido vivirse como una liberación.

Aline Rousselle concluye: “Si los hombres han podido crear los reflejos necesarios para la supresión de la expresión del deseo en todos los ámbitos, la prédica a las esposas griegas y romanas de un deber conyugal sin gozo, en una frigidez enseñada y aplaudida, hacía de ellas unas madres dispuestas a alentar a sus hijos hacia un camino absolutamente nuevo”.¹⁰ Así de la famosa Mónica, Santa Mónica, madre de Agustín, viuda que no se volvió a casar, prototipo de esas mujeres que fueron los principales agentes de transformación del mundo antiguo por su cristianización.

La adopción por los cristianos de un ideal precristiano de autodisciplina y autocontrol se explica bien por las presiones de la sociedad en su entorno, “lo que no pueden explicar es la revolución adicional por el medio de la cual la renuncia sexual —es decir la virginidad desde el nacimiento, la continencia

¹⁰ Aline Rousselle.- *Porneia*, Barcelona, Península, 1993: 229.

adoptada por los matrimonios o los viudos— se convirtió en el fundamento del liderazgo masculino en la Iglesia cristiana. A este respecto, el cristianismo hizo ‘il gran rifiuto’ (...) Raras veces se ha erigido una estructura de poder con tanta rapidez y nitidez de contorno, basándose en un acto de renuncia tan íntimo”.¹¹ En los mismos años, la institución rabinica aceptaba las relaciones sexuales en el matrimonio como condición de la sabiduría; sin embargo, cierto judaísmo radical de donde salió el cristianismo, veía en la renuncia el medio de alcanzar “la sencillez de corazón”; apartarse del sexo permitía crear el estado necesario de disponibilidad para Dios y para la comunidad.

No se puede terminar ese capítulo sobre el cuerpo sin mencionar a Pablo de Tarso, el antiguo Saúl, fariseo y ciudadano romano, el futuro San Pablo, porque durante muchas generaciones los cristianos, luego los no cristianos, hicieron una lectura equivocada de su antítesis espíritu/carne, una lectura dualista a la Platón, oposición del espíritu, del alma, a la materia, al cuerpo. La “carne” en los textos de Pablo no es el cuerpo, su antítesis representa la resistencia del hombre a la voluntad de Dios y no es el cuerpo la causa de este mal desastroso. Peter Brown, gran especialista de San Agustín y discípulo del gran Henri I. Marrou, lo afirma tajantemente.

“La opacidad apasionada de su lenguaje (de Pablo) se presenta a todas las épocas posteriores como un test de Rohrschach: es posible sopesar, en las repetidas exégesis de un mero centenar de palabras de las epístolas de Pablo, el futuro curso del pensamiento cristiano sobre la persona humana (...) la persona humana escindida entre el espíritu y la carne no era (para Pablo) fundamentalmente un ser desgarrado entre cuerpo y alma”.¹²

Capítulo tercero.- ACCIÓN Y REACCIÓN

Los cristianos surgen en un mundo que tiene una vieja historia, tanto en Oriente como en Occidente. El mundo los afecta tanto como ellos afectan al mundo. Por eso es indispensable mencionar a Platón, al estoicismo, filosofías antiguas y muy vivas, y también a estos híbridos del cristianismo que son la gnosis y el maniqueísmo.

En la unión de los cuerpos de la mujer y del hombre, como prelude indispensable a la transmisión de la vida, ocurre algo semejante a una pérdida de control, una suspensión de la razón razonante, y “esa breve epilepsia” inquietaba sobremanera a los filósofos griegos y a sus alumnos los estoicos. Su concepto del “acto carnal” y el modelo de conducta que idearon se volvió más adelante y de manera duradera el modelo cristiano rigorista, según el cual las relaciones sexuales entre los esposos son permitidas sólo cuando pretenden engendrar. Dicho modelo es exactamente el del estoicismo, modelo casi

¹¹ Peter Brown. - *Historia de la Vida privada*, Madrid, Taurus, 985, I: 260.

¹² Peter Brown.- *El cuerpo y la sociedad*, Barcelona, Muchnik: 78-80.

imposible de poner en práctica, por ser imposible de separar en el complejo fusional psico fisiológico el deseo de fecundidad, el amor y el placer. Amor y placer no cabían en ese modelo puesto que como lo dijo Pierre Chaunu: "Platón, Aristóteles, la corriente estoica, los Padres de la Iglesia fascinados por ellos, parecen haber formado una coalición contra el placer, ligado por desgracia al acto procreador (...) ¿Por qué no criticar el placer gustativo que facilita la digestión? (Lo hicieron, N. del A.) ¿No sería razonable restringir este placer ligado, ¡lástima! a la transmisión de la vida? ¿Rectificar el error del Creador?"¹³

EL ESTOICISMO

La formación contradictoria de la doctrina cristiana primitiva sobre las relaciones entre los sexos, el matrimonio y su regulación responde en gran parte a las actitudes dominantes en el mundo grecorromano, especialmente a las del estoicismo, cumbre de la filosofía antigua. Desde Séneca hasta San Jerónimo hay una continuidad impresionante. Jerónimo citaba con entusiasmo, a cada rato, la afirmación de Séneca según la cual quien ama demasiado a su mujer, al cuerpo de su mujer, comete adulterio: uno no debe ser el amante de su esposa; se acuesta con ella para engendrar, punto. El preceptor de Nerón pudo escribir: "Amar otra mujer que la suya es vergonzoso y vergonzoso también amar sin medida la suya. El hombre sabio debe querer a su esposa con el juicio, no con afecto. Que controle sus pulsiones y no se deje arrastrar en la cópula. Nada más sucio que amar su mujer como una mujer adúltera (...) Hay que ser el esposo, no el amante de su mujer".¹⁴

Séneca, muerto en 65, contemporáneo de los primeros cristianos, era el heredero de los filósofos griegos, de las diversas corrientes que confluyeron en la doctrina estoica, la cual sedujo a los más cultos entre los cristianos; después de todo, los estoicos eran los paganos más respetables en cuanto a ética. Muchos Padres de la Iglesia integraron sus enseñanzas, las cuales perduraron en el cristianismo siglos después de la desaparición del estoicismo. Conciente o inconcientemente, acomodaron el mensaje cristiano a la concepción estoica de la sexualidad. Les gustó el proyecto de domar con la razón los ímpetus del cuerpo: hilan la metáfora del jinete, la razón o el espíritu, y el caballo, el cuerpo o la carne. La meta no era la misma, puesto que los estoicos buscaban el autocontrol, la autosuficiencia como un fin en sí, mientras que esos cristianos lo usaban como un medio. Epicteto en su "Enchiridion" enseña que la falta de moderación, en cualquier campo, es una manifestación de irracionalidad, que rebaja el hombre al nivel de la bestia. Sus palabras clave son naturaleza, virtud, decoro, medida en todo, liberación del exceso. El matrimonio era aceptado como una ley de la naturaleza, para

¹³ Pierre Chaunu.- *La femme et Dieu*, Paris, Fayard, 2001: 71.

¹⁴ Séneca.- *Fragments*, Leipzig, 1897, citado por San Jerónimo en su *Contra Joviniano*, I,49.

propagar la especie, servir a la Ciudad, pero la pasión en el matrimonio debía eliminarse. Muchos cristianos nuevos, a diferencia de los judeocristianos de los dos primeros siglos, encontraron buena y justa esa teoría del matrimonio. En el siglo I, Musonius Rufus, profesor de Epicteto, Plinio el joven y demás famosos, enseñaba que las relaciones conyugales eran moralmente correctas si y sólo si la meta era la procreación, y que el acto sexual por el placer era condenable.

Voluntarismo de una elite, de unos pocos, de unos justos y puros, ciertamente hombres admirables en muchos aspectos, como el gran emperador Marco Aurelio; voluntarismo terrible, frío como la razón, duro como la justicia, cortante como la espada, sin la menor concesión al amor, a la emoción. Transmitieron a la Iglesia, por lo menos a muchos de sus dirigentes y de sus teólogos, esa desconfianza radical hacia el cuerpo, hacia las emociones, hacia el amor. Ella retomó hasta hace poco esa afirmación de que el coito esta absolutamente ligado a la sola procreación, con una diferencia: desobedecer a esta ley significa para el estoico, una derrota moral y un fracaso en su programa personal; para el cristiano, un pecado.

Comentario: no se trata de hacer la lección a nuestros antepasados paganos y cristianos estoicizados, pero estos últimos prestaron más atención al estoicismo que a sus Escrituras, desde Génesis hasta San Pablo que enseñan que el hombre y la mujer forman un solo cuerpo, que en la pareja existe el derecho recíproco sobre el cuerpo del otro, para atestiguar y mantener el amor recíproco (hay que insistir sobre esa palabra que lleva a la igualdad entre el hombre y la mujer). Se les pide amarse como a si mismo y más aún, a semejanza del amor de Cristo por el hombre, de Dios por su Creación.

Los neopitagóricos, no menos marcados por el estoicismo, compartían esa idea del matrimonio y del sexo. "Queda especialmente bien fundamentado que no tenemos relaciones sexuales por el placer si no para procrear. Los órganos sexuales han sido dados al hombre no para el placer, sino para la perpetuación de la especie".¹⁵

Al principio, la influencia estoica no se hace sentir a gran escala porque los estoicos son poco numerosos, sin embargo Filón de Alejandría (13 AC-54 AD), judío helenizado, ha sido sensible a su influencia porque piensa y escribe lo mismo sobre el tema de la sexualidad; su inspiración neoplatónica y su interpretación alegórica de la Biblia han marcado la literatura patristica; es probable que su concepción de las relaciones sexuales en el seno del matrimonio haya confortado a los Padres de la Iglesia en su aceptación de la doctrina estoica. En ese sentido fueron más sensibles al clima de la época que al mensaje de amor de Cristo.

LA GNOSIS Y SUS DERIVADOS

¹⁵ Texto atribuido a Ocellus Lucanus en su *Naturaleza del Universo*, texto y comentario de Richard Harder, Berlin, 1926.

“Doctrina esotérica filosófico religiosa que propone un conocimiento de los misterios de Dios y de su creación y se pretende superior a la fe de los simples creyentes al ofrecer la certeza de la salvación”, reza un pequeño diccionario clásico. El gnosticismo realizó la fusión original de elementos diferentes y, hasta el momento, separados, entre los cuales el cristianismo, que tuvo que definirse en oposición, en reacción a una creación novedosa y dinámica que se consideraba a sí misma como el verdadero cristianismo. A principios del siglo II es ya muy fuerte, alcanza su apogeo hacia 175 para luego declinar y ser sustituido por el maniqueísmo, sin desaparecer completamente.

El gnosticismo combina elementos iraníes, misticismo judío y magia con especulaciones filosóficas caldeas y griegas; además invoca el fin de la Ley proclamado por el cristianismo y hace suyos personajes, símbolos y textos cristianos. Por lo mismo, muchos cristianos se confundieron, antes de que en el siglo III una seria reacción viniera a poner fin a la ambigüedad. Mientras, los gnósticos afirman que ellos entienden el Cristo mejor que los cristianos ortodoxos: no existe aún el “cánon” de las Escrituras y es bajo la presión de la gnosis que la Iglesia tendrá que definir cuáles son los textos inspirados y cuáles los apócrifos. El gnosticismo es un conjunto contradictorio, denso, en movimiento y expansión, difícil de captar con su dualismo, misterios, doctrina de la salvación, la Gran Madre, el Hombre Primal (proto hombre), el andrógino, Sophia; se encuentra a la intersección del Oriente y del Occidente.

Lo que importa para nuestro propósito es que el extraño híbrido gnóstico cristiano tiene algo que decir sobre la sexualidad. Los estoicos aceptaban, ni modo, el placer que hace peligrar el autodomínio, sólo para engendrar; la mayoría de los gnósticos toman el camino inverso, como buenos místicos que son, exaltan el placer, todos los placeres y los más violentos, especialmente los del sexo. Al mismo tiempo, porque la contradicción, insoportable para el racionalismo estoico, no les asusta, al contrario, rechazan la procreación que prolonga la existencia de este bajo mundo material, reino del Mal. Los hay que condenan no sólo el matrimonio y la procreación, sino el sexo, los hay que afirman que todo tipo de actividad sexual es permitido, siempre y cuando no engendre, ¡abominación de la desolación! un niño.

El gnosticismo se pegó de tal manera al cristianismo que podemos entender por qué los cristianos fueron acusados por Tácito y Plinio de entregarse a “orgías abominables” y “poner las mujeres en común”; esos autores no podían distinguir entre cristianos y gnósticos que se afirmaban cristianos. Efectivamente, en Alejandría, Carpócrato y su hijo Epifanio practicaban la comunidad de las mujeres y el pansexualismo; invocaban el ejemplo de cierto Nicolás que habría presentado su hermosa mujer a los apóstoles y declarado que estaba a la disposición de todos.¹⁶ La secta de los

¹⁶ Henry Chadwick. - *Alexandrian Christianity*, Londres, 1955: 27; John J.Noonan Jr. - *Contraception. A History of its Treatment by the Catholic Theologians and Canonists*, New York, Mentor Omega, 1965: 83.

valentinianos insistía sobre la necesaria copula (sin procreación) y la de los cainitas también.

El resultado: devaluación del matrimonio y de las relaciones sexuales en su seno, porque desembocan en la desastrosa generación, exaltación, o de la continencia total y virginidad definitiva, o de la sobreactividad sexual, siempre y cuando estéril.

La Iglesia tenía que reaccionar: la Epístola de San Judas denuncia “los falsos maestros(...) en su delirante frenesí, contaminan su carne (...) como los animales irracionales, llevando una vida corrompida (...) estos hombres son el escándalo de vuestros ágapes... son nubes sin agua, arrastradas a todas partes por los vientos, son árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos, arrancados de raíz, son olas embravecidas del mar, que arrojan la espuma de sus vergüenzas, son estrellas errantes, a quienes está reservada la eterna negrura de las tinieblas (...) esclavos de sus pasiones, llena está su boca de grandes palabras(...) Tenedles lástima, pero con temor, teniendo horror hasta a la túnica que con su carne se ha contaminado” (5-22).

Los escritos de Ignacio de Antioquia, Justino de Roma, Irineo combaten tanto a los perseguidores como a los herejes; contra los gnósticos, Irineo (130-202) afirma que la Creación es buena y se salvará: “Esa gente vana que desprecia toda la creación de Dios, que niega que la carne sea salvada, que desdeña su regeneración, que pretende que es incapaz de volverse incorruptible (...) ¿Cómo puede sostener que la carne que es nutrida por el cuerpo y la sangre de Cristo, y que es miembro suyo, no es susceptible de la gracia de Dios que es la vida eterna?”¹⁷

Clemente llega a Alejandría en 180, ordenado sacerdote en 202, muere en 215; hombre equilibrado y sereno, nos dice Henri I. Marrou, editor y comentarista de su *Paidagógos*, Clemente escribe que “la persona alcanza su destino final a través del cuerpo, consorte y aliado del alma”. “En nosotros, no es sólo el espíritu quien debe santificarse, sino también nuestro comportamiento, nuestra forma de vivir y nuestro cuerpo”. Critica serena y tranquilamente a los “enkratistas”, esos gnósticos que predicaban la abstención absoluta de relaciones sexuales, defiende el matrimonio y la sexualidad, sin ligarlos a la procreación. “Sin el cuerpo ¿cómo podría alcanzar su fin el plan divino para nosotros en la Iglesia?” Contra la peligrosa mística de la continencia toma la defensa de los hombres y de las mujeres y también de los sacerdotes casados.¹⁸

No todos los defensores de la ortodoxia, que empieza a definirse frente a la gnosis, son tan equilibrados como Irineo y Clemente. La reacción fue a la medida del peligro, viva, muy viva de modo que muchos de sus adversarios cristianos fueron contaminados por el gnosticismo, así de Tertuliano, gran

¹⁷ In J. Lebreton et J. Zeiller.- « De la fin du II^e siècle à la paix constantinienne », Fliche et Martin.- *Histoire de l'Église*, Paris, Bloud et Gay, 1947, tomo II : 60.

¹⁸ Clement d'Alexandrie.- *Paidagógos*, Paris, Cerf, 1960-1970, 3 tomos.

demoledor de la gnosis antes de romper con la Iglesia en 215; después de haber defendido el matrimonio, termina dudando de la licitud del sexo en el seno del matrimonio.

UNA NUEVA AMENAZA: EL MANIQUEÍSMO

A fines del siglo III, el gnosticismo, sin desaparecer totalmente, andaba de capa caída, pero quien acabó con él en el siglo IV no fue la Iglesia, sino el maniqueísmo, que al incorporar varios de sus aspectos, de cierta manera lo revitalizó y prolongó. Ahora bien, no hay que subestimar la novedad de esa nueva religión que resultó de verdad una gran religión.

Maní o Manés (215-276) nació en el Medio oriente, quizá en Babilonia, estuvo durante su juventud en contacto estrecho con los evangelios apócrifos y empezó a los 25 o 30 años a predicar la nueva religión de la cual era fundador y profeta. Viajó mucho en Siria, lo que son ahora Irak e Irán, hasta Afganistán (la Transoxiana helenística), China y la India. Predica un dualismo radical que opone Bien y Mal, Luz y Tiniebla, alma y cuerpo, Dios y Satanás. Ofrece una fantástica filosofía cósmica de la naturaleza que incorpora elementos babilonios, zoroastrianos, gnósticos, estos últimos marcados por el marcionismo (de Marción, fundador de esa Iglesia que se creía cristiana pero resultaba gnóstica ascética). Según Maní, Adán fue creado por el príncipe de las Tinieblas quien le dio a Eva por compañera; el mismo Satanás engendró a Abel y Caín en Eva. Del mundo de la Luz, salieron enviados para advertir a los hombres de la necesidad de luchar contra la sensualidad para lograr la salvación. Jesús —un Jesús mítico que no fue crucificado— fue uno de ellos y Maní el último y el más grande que pone el sello final a la Revelación. Adán no hizo caso y sucumbió al deseo sexual. Lógicamente la moral predicada por los maniqueos es un ascetismo tan duro, a base de continencia total y de una dieta muy estricta, que sólo una pequeñísima elite lo puede alcanzar: son los “elegidos” o “perfectos”, mientras que los demás, la inmensa mayoría son los “auditores”: Agustín duró nueve años como auditor.

En resumen, Maní predica la bancarrota total del cuerpo que define como “un costal de excrementos”. ¿Cómo explicar la exitosa y pronta propagación del maniqueísmo, después del martirio de su profeta en Babilonia, víctima de los sacerdotes del zoroatrismo? Se monta sobre antiguas mitologías siempre vivas y sobre un dualismo materialista; ofrece una revelación, un culto espiritual muy sencillo y pide una exigente moralidad que permite que uno se salve a sí mismo y consiga la inmortalidad. El dualismo, lucha eterna entre el Bien y el Mal, resuelve de manera sencilla el problema de la teodicea: si Dios es todopoderoso ¿por qué permite el mal y el sufrimiento? De cierta manera, al heredar de la gnosis para cristiana, de Marción y de sus Iglesias, se presenta como un casi cristianismo, sin Antiguo Testamento ni Cristo. Además tiene una capacidad de adaptación muy notable a las sociedades locales: casi cristiano

en el Occidente y en la África de Agustín, tiene muy poco de cristiano en el Lejano Oriente. Alcanza su apogeo en Roma entre 370 y 440, en los medios cultos. Tendrá una larga descendencia que acompañará al cristianismo por lo menos hasta el siglo XIII: paulicianos, bogomiles, cataros, albigenses...¹⁹ A corto plazo, inmediatamente obligó a la Iglesia a reaccionar de la misma manera que había reaccionado contra la gnosis. Esa defensa agravó el endurecimiento contra la sexualidad, la desconfianza contra el coito, incluso en el matrimonio, una sobreexaltación de la virginidad y de la continencia para los sacerdotes casados. Para quitarles su prestigio a los maniqueos, había que rivalizar en ascetismo con ellos.

Es precisamente en el siglo IV del maniqueísmo conquistador cuando ciertos Padres de la Iglesia exaltan la virginidad como nunca. Gregorio de Nisa, Juan Crisóstomo en el Oriente, Ambrosio en el Occidente le dedican tratados, y ¡qué decir del exaltado Jerónimo, romano instalado en Jerusalén! Además de la virginidad de por vida de las mujeres y de los monjes, Jerónimo predica la continencia, la abstención de relaciones sexuales en el matrimonio, ejemplificada en la Santa Familia por la vida virginal de María y del "casto José", "guardián de María más que esposo".

Contra el maniqueísmo, se confirma la reacción puritana que había despertado el gnosticismo. Juan Crisóstomo, por otro lado defensor del matrimonio y apologista del amor entre los esposos, llega a decir que "el matrimonio es un nido para los pájaros que no pueden volar" y varios de sus colegas insisten en que no se debe tener relaciones conyugales en los días de fiesta religiosa o de celebración de la Eucaristía. Ese dualismo puro/impuro, tanto gnóstico como maniqueo, contagia a los cristianos y es precisamente cuando surge la presión insistente para que el sacerdote, si tiene esposa, viva con ella "como hermano y hermana", en la continencia absoluta.

En su lucha contra Maní y sus discípulos, los cristianos se agarraron del estoicismo y también para luchar contra conductas comunes en la sociedad de su tiempo, tales como la homosexualidad, el fácil divorcio por consentimiento mutuo, el concubinato con esclavos y esclavas, el aborto, el infanticidio, todas condenadas por los estoicos en nombre de "la naturaleza". Como ellos, piensan que las relaciones sexuales se justifican únicamente para procrear, tesis prometida a un larguísimo porvenir. A diferencia de los estoicos, sus involuntarios aliados, estos cristianos no excluyen el amor, pero un amor que no tiene nada que ver con el deseo sexual, "ágape" contra "eros", o Eros, la divinidad. Es cuando Jerónimo, citando a Séneca, comenta: "adúltero, quien es el amante demasiado ardiente de su esposa".²⁰

¹⁹ Beausobre.- *Histoire critique de Manichéisme et du Manichéisme*, Paris, 1734, 2 tomos. Franz Cumont.- *Recherches sur le manichéisme*, Bruxelles, 1908, 3 tomos.

²⁰ Citado por John T. Noonan Jr.- *Contraception. A History of its Treatment by the Catholic Theologians and Canonists*, New York, Mentor-Omega, 1965:105-106.

Jerónimo introdujo en su famosa traducción de la Biblia, la Vulgata, esa regla estoica sobre la procreación. Se supone que tradujo el libro de Tobías a partir de un manuscrito arameo, hoy perdido, y de su primera traducción al latín; el mismo Jerónimo nos dice que lo hizo a toda velocidad, en pocos días. Tobías, esposo exitoso de Sara, ha logrado “conocerla” después de la muerte violenta de los siete esposos precedentes, a manos de los demonios. Quizá lo logró porque (Tobías 8,9) “Bien sabes, oh Señor, que no me mueve la lujuria para tomar por esposa a esta mi parienta, sino más bien el deseo de tener descendencia que bendiga tu Nombre eternamente”.²¹ Los expertos dicen que esa conexión estoica de causa a efecto no figuraba en la versión primera, sino que Jerónimo la interpoló en lo que durante quince siglos fue la Biblia oficial de los católicos. Habría también añadido (6,17) que los siete esposos muertos lo fueron porque “son esos que entran en el matrimonio apartando a Dios de sí y de su pensamiento, entregándose a los placeres como brutos animales”; y también el consejo dado por el ángel a Tobías: “Mas cuando tu la recibas como esposa, aunque te encierres con ella en su alcoba, los tres primeros días, te abstendrás de sus caricias, solamente a la oración te entregarás con ella” (6,18).

Nada que ver con los textos de Génesis “no es bueno que el hombre viva solo (...) y se juntará con su mujer y los dos serán una sola carne”.

Fue el costo que pagó la Iglesia en su competición con la gnosis y con Maní, salió parcialmente vencedora pero sufrió un trauma cuyos efectos no han terminado de hacerse sentir.

Al mismo Jerónimo se le debe, más que a cualquier otro autor latino contemporáneo, la equivocada y definitiva, en Occidente, sexualización de la noción de “la carne” manejada por San Pablo. Su percepción exacerbada del peligro sexual acabó con todos los demás significados.

Capítulo cuarto.- AURELIUS AUGUSTINUS

Aurelius Augustinus (354-430) no era todavía San Agustín, pero su mundo se estaba volviendo cristiano. No era aún cristiano ese mundo, sino sometido a influencias muy diversas y campo de batalla de varias grandes religiones; la Iglesia no sufría más persecuciones pero no había todavía elaborado ni el catálogo de las Santas Escrituras, ni una traducción canónica de los textos santos; existía una gran diversidad de traducciones griegas y latinas de los textos hebreos, Jerónimo estaba realizando a principios del siglo V su famosa Vulgata, traducción latina de la Biblia, bastante criticada por Agustín, pero la que usará el cristianismo medieval. El africano Agustín vive y piensa en un mundo plural, bajo influencia helenística y dominio romano, recorrido por

²¹ Versión del P. Agustín Magaña.- *Sagrada Biblia*, México, ediciones paulinas, 1978. Estas tres interpolaciones no aparecen en *La Sainte Bible*, Paris Ecole biblique de Jérusalem, 1956, a partir del hebreo.

otras influencias, persas, sirias, egipcias, de las provincias africanas y bárbaras. La cultura de Agustín es la que se enseñaba en todos los centros culturales del Imperio y su escritura comprueba su latinidad, su herencia grecorromana que se había subestimado, en particular su admiración por Plotino y los neoplatónicos que lo liberaron de la influencia de Maní. Además de vivir la cristianización de su mundo —y la suya propia— Agustín vive una revolución sin precedente: ese Imperio que se creía eterno e ilimitado, apareció de repente frágil, limitado, amenazado. Agustín muere en su ciudad episcopal de Hipona sitiada por los vándalos, veinte años después del saco de Roma por los godos... El cristianismo triunfó a la hora de ese desencanto y fue acusado de haber causado la ruina del Imperio, acusación que llevó a Agustín a escribir *La Ciudad de Dios*: afirma que todo imperio tiene fronteras, todo imperio perecerá, ningún reino será más inmenso que la Ciudad de Dios.

Agustín ha dejado una obra inmensa: 230 tratados en forma, muchos de los cuales ha criticado o renegado en sus *Retractaciones*, una correspondencia no menos inmensa, una multitud de sermones, todo lo cual representa una enorme contribución teológica, pero de ninguna manera un "sistema". El "augustinismo" como sistema es una elaboración posterior a su muerte y que traiciona un hombre contradictorio y complejo que escribe impetuosamente, bajo el impacto de las circunstancias. Se lanzó en tres grandes y largas polémicas, contra los donatistas, cristianos radicales y rebeldes que amenazaban la unidad de la Iglesia africana y la paz; contra los maniqueos de los cuales había sido durante nueve años el discípulo; finalmente contra el monje británico Pelagio. Contra los maniqueos tomó la defensa de la libertad humana (*De libero arbitrio*); contra Pelagio, la atacó (*De natura et gratia*) a lo largo de una controversia de doce años que lo llevó a endurecer sus posiciones, a exagerar su tesis sobre la "predestinación" hasta la extravagancia.

Peter Brown ha escrito que sus actitudes hacia la sexualidad y la sociedad siguen dando la sensación, para bien o para mal, de que aún circulan por el torrente sanguíneo de los europeos occidentales; la lectura de las Confesiones es de una modernidad increíble y no cabe duda que ha introducido, en palabras de Henry Chadwick, "un tema tóxico y poderoso dentro de la teología medieval". Ese maniqueo convertido a Cristo dio a la Iglesia una doctrina sobre la sexualidad, el matrimonio, el pecado original, que iba a durar muchos siglos. Este hombre ha ejercido una influencia extraordinaria sobre la civilización occidental y no deja de ser sorprendente que sus tesis hayan triunfado sobre las de sus estimables adversarios, Pelagio, Juliano, Juan Casiano y los monjes de Lerins y San Victor de Marsella; más asombroso aún, el hecho de que hayan modelado por quince siglos la sensibilidad religiosa occidental; engendró a Lutero y a Pascal, a los jansenistas también y marcó a Descartes, Hegel y Kierkegaard, para no hablar de Jacques Lacan y de muchos

psicoanalistas. Sin exageración se puede hablar del gran viraje agustiniano. Hay que darle la palabra.

CASTIDAD²²

“Los que habéis hecho voto de pureza, castigad más severamente el cuerpo y no dejáis la rienda suelta ni aun para lo permitido; en tal modo que os abstengáis, no sólo de la unión ilícita, sino también de las lícitas miradas. Sea cualquiera vuestro sexo, acordaos de hacer sobre la tierra vida de ángeles. Los ángeles no se casan y tales seremos en habiendo resucitado”. (Sermón, 132, 3).

“Pero el hijo que no ha tomado mujer es mejor que su padre casado, y la hija que no ha buscado varón, mejor que su madre, que tiene marido”. (Sermón, 354, 8).

“Es mejor la castidad virginal que la pureza conyugal (...) En el reino de los cielos tendrá un lugar menor la madre que está casada que la hija virgen, pero ambas estarán allí; la una como una estrella reluciente, la otra como una estrella de poca luz, pero ambas en el cielo”. (Sermón, 354, 9).

“Si comparamos estas virtudes, no cabe discusión en que la castidad de la continencia es, sin disputa, más excelente que la castidad conyugal, no obstante que una y otra sean un verdadero bien”. (Del bien del matrimonio, XXIII, 28).

“Del Padre viene la continencia que no tendría que luchar contra la concupiscencia si ésta también viniera del Padre. Este mal que combates con fuerza si vives en la continencia, no viene del Padre, porque entonces no lo combatirías si no te opusiese viva resistencia...”. (Réplica a Juliano III, 21, 45).

VIRGINIDAD

“Es cosa más perfecta la virginidad, que no está mandada, que la castidad conyugal, que está mandada, y guardar lo primero es más perfecto que lo segundo, aunque ninguna de las dos cosas se puede lograr sin la gracia de Dios”. (Actas del proceso contra Pelagio, XIII, 29).

“No se puede comparar ninguna fecundidad de la carne a la santa virginidad, también de la carne. Tampoco tiene su honor la virginidad por ser integridad, sino por estar consagrada a Dios”. (Sobre la santa virginidad, VIII, 8).

²² Todas las citas que siguen se encuentran en el *Diccionario doctrinal de San Agustín* por Pedro J. LaSanta y Rafael del Olmo, Madrid, Edibesa, 2003.

“Quien pueda elegir la sagrada virginidad que la elija, y solamente quien no pueda guardar la continencia, que se case”. (*idem*, IX,9).

“Una y otra opinión son igualmente errores; lo mismo el igualar el matrimonio a la virginidad que el condenar como malo el matrimonio”. (Sobre la santa virginidad, XIX, 19).

“La mayor gloria de este mayor bien (la virginidad) no estriba en que se evita el pecado del matrimonio, sino en que se trasciende el bien conyugal para instalarse en ese estado”. (*idem*, XXI, 21).

“El estado de continencia es excelente y, por ende, preferible al matrimonio mismo, incluso cuando sólo tiene por fin la procreación”. (Del bien del matrimonio, VI, 6).

“Pluguiera a Dios que todos apetecieran aquel bien de la continencia, siempre que a ello fueran compelidos por la caridad (...) porque así se completaría mucho antes la ciudad de Dios y se aceleraría rápidamente el fin de los tiempos”. (*idem*, X, 10).

PECADO ORIGINAL

“Todos los que nacen de Adán, nacen con pecado y en concupiscencia, pecadores; y todos los que nacen por Cristo, son justificados, no en sí, sino en Cristo”. (Tratado sobre el Evangelio de Juan, III, 12).

“Cuando el hombre nace, nace ya con la muerte, porque viene con el pecado de Adán”. (*idem*, II,12).

“Si el alma no es transmitida de los padres por vía de generación, no pudo ser manchada por el pecado original o de algún modo permanecer en ese pecado, más que por su unión con la carne”. (Del alma y su origen, I, 8, 8).

“El vicio original perdura en la prole de tal modo, que la hace rea, aun cuando en los padres el reato de ese mismo vicio haya sido borrado por la remisión de los pecados...”. (Del pecado original, XXXIX, 44).

“Los maniqueos vienen a admitir con los pelagianos que el pecado del primer hombre no pasó al género humano ni por la carne que, según ellos, nunca fue buena, ni por el alma, que dicen que se une a la carne del hombre junto con el reato de la contaminación con que se manchó antes de unirse a la carne.

Todos pecaron en aquel primer hombre, porque todos, cuando él pecó, estaban en él, de quien se hereda por el nacimiento el pecado, que no se perdona sino naciendo de nuevo". (Contra las epístolas de los pelagianos, IV, IV, 8).

"Adán, en quienes todos mueren, no sólo dio ejemplo de imitación a los transgresores voluntarios de los preceptos del Señor, sino además contagió con la oculta gangrena de su concupiscencia carnal a todos los que nacen de su stirpe". (De los méritos y perdón de los pecados, I, IX, 10).

"Nadie nace si no es en pecado y llevando consigo el mérito de la pena". (Comentario a los salmos: confesión de los pecados y súplica del perdón, 50, 11, v.8).

"Atendiendo en la descendencia de la carne, todos estábamos en Adán aun antes de nacer (...) así fue envenenado este árbol en el que estábamos". (Sermón 294, 15).

"Bastaría para condenarse los hombres el pecado original solo, aun cuando no tuvieran otros". (De los méritos y perdón de los pecados, I, XII, 15).

"Puede afirmarse con verdad que los niños que mueren sin bautismo estarán en un lugar de condenación, la más ligera de todas. Mucho, pues, engaña y se engaña quien propala que no serán condenados". (*idem* I, XVI, 21).

Hasta aquí esta brevísima antología de lo escrito por Agustín sobre nuestro tema. ¿Qué nos dicen las Confesiones, ese "libro occidental de la adicción" (Frédéric Boyer)? Agustín confiesa sus adicciones, no solamente al sexo, sino al vino, los honores, la gloria, sí mismo y... Dios, la adicción a la inmensidad de Dios: la palabra "magnum" es la primera del libro, "Inmenso eres tú, Dios...". En los primeros libros de las Confesiones insiste sobre la pubertad, la imposibilidad de frenar la "libido", la "consuetudo carnalis", ese "hábito del abandono carnal", la sexualidad, la ambición, la búsqueda enardecida de sabiduría y saber, de la belleza. Nos da una obra violenta, polémica, provocadora y conmovedora. Pregunta cómo escapar a nuestra condición, a la patología de la existencia individual, insatisfecha y mortal. Hasta el final de su "confessio", en el libro XIII se asombra de "esa mar salmuera, el género humano, abismo de curiosidad, tempestad de orgullo, fluido inestable".

Fascinó a nuestro gran José Vasconcelos por su pasión por la amistad, los intelectuales, los oradores del foro y los actores del teatro, los gladiadores en el circo; describe la inocente perversidad de los niños, los amores apasionados de la niñez y las amistades amorosas, sus pasiones físicas, su sed insaciable de los cuerpos hermosos. Nos dice su amor por las ideas, todas las ideas, hasta

las más absurdas, su itinerario hacia Dios, nos dice todo esto con una violencia que nos ha sido disimulada por su calidad de "clásico", de "Padre de la Iglesia". ¿Ha leído las Confesiones? Estimado lector, tiene que leerlas y, de ser posible, en una traducción comparable a la de Frédéric Boyer, con la incandescencia de la lava que sale del volcán en erupción.

Su vivencia de la sexualidad tiene que haber afectado sus tratados, pero también lo hicieron las circunstancias. Después de haber luchado contra los maniqueos en su *Del libre albedrío*, cayó en la controversia *post mortem* con Pelagio (360-422), el optimista y generoso monje británico que vivió en Roma, África y Palestina. Cayó de tal manera que se expuso a la acusación de ser de nuevo discípulo de Maní. Pelagio había criticado sus Confesiones, acusando a su autor de negar la libertad y la responsabilidad humana. Agustín se defendió en su "De los méritos y perdón de los pecados", sin nombrar a Pelagio, luego escribió su "De la naturaleza y de la gracia" contra el tratado "De la Naturaleza" de Pelagio.

Las "circunstancias" son la crisis que sacudió la Iglesia en los años que siguieron la muerte de Pelagio, cuando aquel y Coelestius fueron condenados en 417, rehabilitados y definitivamente condenados. Durante ese largo pleito, Juliano de Eclanum, al defenderlos, atacó a Agustín y su doctrina del pecado original. Agustín reconocía la bondad de las criaturas pero exageraba el impacto del pecado sobre ellas, quizá por su experiencia personal de la casi imposibilidad de acabar con la adicción, con el "hábito", la famosa concupiscencia que paraliza la voluntad. Agustín la transforma en algo congénito, genético, heredado, la famosa culpa de Adán en el Jardín del Paraíso... Toda la humanidad es una "masa de perdición" y los individuos se salvarán sólo por la gracia de Dios, en el sacramento del bautismo, indispensable para los infantes. Agustín no inventó el pecado original, ya manejado por los judíos dos siglos antes de Cristo, pero de un acontecimiento histórico, culpa de uno solo, sacó la idea del "reato", la culpabilidad innata de todo el género humano que marca al recién nacido con una "depravación absoluta". Para él, la historia de Adán y Eva es el sexo, el deseo sexual es el pecado que corrompió la naturaleza creada por Dios. Deja de leer, como los cristianos de los cuatro primeros siglos, el mensaje fundamental de Génesis 1-3, a saber la libertad bajo todas sus formas, incluso el libro albedrío, "la libertad de los hijos de Dios". No entiende como ellos que el sexo ha sido dado por Dios, en su Misericordia. Él interpreta el "vieron que estaban desnudos" como "la clara vergüenza sexual", conciencia de que el deseo sexual es pecado.

Su experiencia personal: las emociones de la sexualidad en el niño, adolescente ("Hacia los 16 años, la locura de una lujuria sin frenos ejerció su dominación suprema sobre mí"); su amor —por más que no use la palabra— por su amante, la madre de su hijo Adeodato, ("a esta unión faltaba sólo el nombre honorable de matrimonio"); otras relaciones sexuales después de la

separación con esa mujer que juró entonces “no conocer jamás otro hombre” y guardó su promesa... por todo esto, Agustín se condena a sí mismo, se proclama culpable de haber buscado únicamente “la satisfacción de mis apetitos”, de haber tenido relaciones sexuales sin querer engendrar (el maravilloso Adeodato como “accidente”), de no haber sido fiel a su antigua concubina. “Lo que hizo de mí un esclavo era el hábito de satisfacer una insaciable lujuria”. Concluye: “no hay nada racional, ni espiritual, tampoco sacramental en el acto sexual en sí”. Y eso lo lleva a malentender una palabra del Génesis retomada por Cristo y por Pablo: en la unión sexual, la mujer y el hombre forman una sola carne. En lugar de entender la palabra “carne” que significa en ese contexto el ser todo de la persona, cuerpo y alma, Agustín dice: “en el acto sexual el hombre no es más que carne”. Juliano no se equivoca cuando dice que esa afirmación huele a maniqueísmo. Así es como las relaciones conyugales se vuelven una amenaza para la libertad espiritual: “tengo el sentimiento que nada desvía el espíritu del hombre de las alturas, tanto como el encanto femenino y ese contacto de los cuerpos, sin el cual uno no puede tener esposa”.

Parteaguas fundamental, cristianización de la condena pagana del placer ligado a la unión de los cuerpos, condena que no deja el menor espacio para el amor, ese amor perfectamente expresado por un Pablo no especialmente tierno en Efesios 5, mejor aún que en I Corintios 6: que cada uno ame al otro, como Cristo ama a su Iglesia, amar al otro como su propia carne... Agustín concede sin embargo: “el alimento para la salud del hombre, el matrimonio para perpetuar el género humano”. Pero la virginidad y la continencia son “más excelentes”.

El debate entre Pelagio (y Juliano) y Agustín es decisivo; formó la conciencia occidental y sigue abierto hasta la fecha, con una tensión que insoporta a muchos. La importancia dada por Agustín al acto sexual, su manera de situar el sexo en el centro de la persona, anticipa a Freud y explica porqué Lacan y su escuela psicoanalítica son agustinianos.²³ Los psicoanalistas, como Agustín, se confrontan a la parte oscura, irracional, inconsciente del hombre; como terapeutas, las tesis optimistas de Pelagio les parecen ingenuas. Les gusta la ironía de su adversario quien se burla del honorable Juliano, obispo casado, como muchos en aquella época: “¡Cómo te atreves a decir que usas de este bien, de tu mujer, sin exceso, bajo control!” Les apasionan sus análisis del “corazón doble” del hombre, su exploración de los sueños, de los fantasmas, de la memoria, del tiempo.

Comparten su doble visión de la cara de luz y de la cara de sombra del hombre, de una situación que, de por sí sola, no tiene salida. Sólo en Cristo dice Agustín, cuyo pesimismo en ese instante desaparece, pero para los que no comparten esa fe en Cristo, sólo queda el pesimismo del obispo de Hipona, su

²³ Claude Lorin (psicoanalista).- *Pour saint Augustin*, Paris, Grasset, 1988.

condena de la debilidad de la voluntad, su identificación de la "carne", de la sexualidad al pecado. Nuestro tiempo de la revancha del buen Pelagio, que rehabilita el cuerpo, rechaza el platonismo, se lanza de manera voluntariosa en el activismo sexual, de preferencia sin límites, no lo puede escuchar. El movimiento del péndulo va siempre muy lejos, al otro extremo; es difícil encontrar el justo medio, con la estima necesaria del cuerpo y de la sexualidad y los cristianos harían bien en redescubrir a Irineo de Lyon y los primeros teólogos evocados por Elaine Pagels, para no mencionar a Jesucristo y a Pablo.

La paradoja es que en el debate del siglo V principiante, entre Agustín y sus adversarios, los monjes de Marsella y los pelagianos, los defensores de la libertad son menos profundos y más abstractos que su adversario. El que condena "la carne", es mucho más "carne y sangre" que aquellos. Agustín, luego Lutero, Pascal, Kierkegaard, en su desconfianza total de la naturaleza humana, la exploran, la describen, la entienden como nadie. Agustín explora la libido y se admira de la incapacidad en la cual se encuentra "el espíritu que es su amo" para controlar "esos miembros con razón llamados pudenda (partes vergonzosas) porque se excitan solos como si fuesen su propio amo". Razona: un hombre enojado puede todavía decidir si va a pegar o no, pero un hombre excitado sexualmente puede encontrar que la erección tiene una peligrosa autonomía; de la misma manera, el hombre que desea copular puede experimentar un fiasco porque la libido lo abandona. Por eso los psicoanalistas... ¿Quién como él para describir la hermosura de los cuerpos y la voluptuosidad de los miembros enlazados? Nos habla de "la belleza de los cuerpos, su pasajera gracia, el esplendor de la luz, esa luz tan cara a mis ojos, las dulces melodías de las canciones con tonos variados, el suave olor de las flores, perfumes, aromas, la miel, los miembros hechos para los abrazos de la carne..." .

Por más que tengamos que alejarnos de él, el apasionado Agustín nos sigue hablando e interpellando, tanto en su antropología como en su filosofía. Por eso Hannah Arendt hizo su tesis sobre "El concepto de amor en Agustín".²⁴ ¿Alejarnos de él? Como él mismo se alejó de los primeros apologistas cristianos que celebraban el libre albedrío, la libertad como el don mayor de Dios a la humanidad, para transformar la libertad en raíz del pecado. Su interpretación va radicalmente en contra de la de Irineo, Justino, Clemente de Alejandría, Juan Crisóstomo, Juan Casiano. A finales del siglo II, Irineo decía que "Dios salvaguardó siempre el libre albedrío del hombre (...) La gloria de Dios, es el hombre vivo y la vida del hombre, es la visión de Dios". Sin embargo, Agustín triunfó durante siglos. Sus ideas no ganaron en seguida, pero dos siglos después de su muerte a los 76 años, el 26 de agosto de 430, su teoría del pecado original ocupaba ya su lugar en el centro de la historia del

²⁴ Hannah Arendt.- *Le concept d'amour chez Augustin*, Paris, éditions Tierce, 1989.

cristianismo occidental, dejando en la sombra todos los otros Padres de la Iglesia. Él era el último, Jerónimo había muerto en 420, los grandes orientales antes: el Crisóstomo en 407. El Occidente estaba entrando en la tormenta de las grandes invasiones y de la Alta Edad Media: escuchó esa última gran voz.

Por eso lo acusan de ser el principal responsable de la marginación de la mujer en el cristianismo, por la relación que se ha establecido entre mujer y pecado, algo en parte injusto porque la relación establecida por él se da más bien entre acto sexual y pecado y por lo tanto habla mucho más de Adán que de Eva. Uta Ranke-Heinemann dice que Agustín “funde en una unidad sistemática el cristianismo con la repulsa al placer y a la sexualidad”; “su fobia sexual lo acompañó hasta la tumba”. Ella lo responsabiliza de las decisiones de Pablo VI y Juan Pablo II sobre la píldora, lo califica de “neurótico” y “padre de un milenio y medio de miedo a lo sexual.”²⁵

De manera más moderada, su gran biógrafo, Peter Brown dice que Agustín movilizó el duro puritanismo machista de los antepasados griegos y romanos, para crear un humanismo tenebroso que ligaba el pasado precristiano al presente cristiano, por la común desconfianza al placer sexual.

Su mensaje, antes de llegar a las épocas modernas, marcó el debate sobre el celibato sacerdotal, aunque, curiosamente, ese tema no haya figurado entre sus preocupaciones.

²⁵ Uta Ranke-Heinemann.- *Eunucos por el Reino* (1988), Madrid, Trotta, 1994 : 73,75.

Bibliografía

- Arendt, Hannah, (1989), *Le concept d'amour chez Agustin*, Paris, editions Tierce.
- Beausobre, (1734), *Histoire critique de Manichée et du Manichéisme*, Paris.
- Brown, Peter, (1985), *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus.
- Brown, Peter, (1993), *El cuerpo y la sociedad*, Barcelona, Muchnick.
- Certeau, Michel de, (1976), *La Volonté de Savoir, I nous autres victoriens*, Paris, Galimard.
- Clement D'Alexandrie, (1960- 1970), *Paidagógos*, Paris, Cerf.
- Cumont, Franz, (1908), *Recherches sur le manichéisme*, Bruxelles.
- Chadwick, Henry, (1955), *Alexandrian Christianity*, Londres.
- Chaunu, Pierre, (1980), *Eglise, Culture, Société. Réforme et Contre-Réformé*, Paris, SEDES.
- Chaunu, Pierre, (2001), *La femme et Dieu*, Paris, Fayard.
- Drewermann, Eugen, (1993), *Fonctionnaires de Dieu*, Paris, Albin Michel.
- Eslin, Jean- Claude, (2001), "Amour et Sexualité: la matrice chrétienne", *Esprit*, mars- avril.
- Kracauer, Siegfried, (2006), *L'histoire des avant-dernières choses*, Paris, Stock.
- LaSanta Pedro y Rafael del Olmo, (2003), *Diccionario doctrinal de San Agustín*, Madrid. Edibesa.
- Lebreton J. et J. Zeiller, (1947), "De la fin du I^e siècle à la paix constantinienne", *Historire de l'Eglise*, Paris, Bloud et Gay, tomo II.
- Lorin, Claude, (1988), *Pour saint Augustin*, Paris, Grasset.
- Noonan Jr., John J., (1965), *Contraconception. A History of its Treatment by the Catholic Theologians and Canonists*, New York, Mentor Omega.
- Ranke-Heinemann, Uta, (1994), *Eunucos por el Reino*, Madrid Trotta.
- Rousselle, Aline, (1989), *Porneia*, Barcelona, Península.
- Sagrada Biblia*, (1978), versión del P. Agustín Magaña, México, Ediciones Paulinas.
- Séneca, (1897), *Fragments*, Leipzig.

Novedades

DIVISIÓN DE ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

- Laura Sour y Jorge Ortega, *Marco institucional formal del FAIS y del FAFM en México*, DTAP-210
- Luis F. Luna y José Ramón Gil, *Resultados de la "Encuesta sobre gobierno electrónico y colaboración interorganizacional"...*, DTAP-211
- José Ramón Gil, *Pensamiento sistémico y dinámica de sistemas para el análisis de políticas públicas...*, DTAP-212
- Laura Sour, *Correspondencia entre las políticas públicas del PND y el gasto ejercido de la CHPF en México*, DTAP-213
- José Ramón Gil, Judith Mariscal y Fernando Ramírez, *Gobierno electrónico en México*, DTAP-214
- Judith Mariscal, José Ramón Gil y Armando Aldama, *Políticas de acceso a tecnologías de la información: El caso de e-México*, DTAP-215
- Laura Sour y Miguel Ángel Gutiérrez, *Extrinsic Incentives and Tax Compliance*, DTAP-216
- Laura Sour y Fredy Girón, *The Flypaper Effect in Mexican Local Governments, 1990-2006*, DTAP-217
- Judith Mariscal y Fernando Ramírez, *Retos para el desarrollo del sector de las telecomunicaciones en México*, DTAP-218
- Alejandra Ríos y Juan E. Pardinás, *Hacia la reforma constitucional: Las entidades de fiscalización superior en México*, DTAP-219
- Laura Sour, *Regional Differences in Infrastructure Investment at the State Level in Mexico, 1998-2005*, DTAP-220

DIVISIÓN DE ECONOMÍA

- John Scott, *Incidencia de las transferencias públicas en el ingreso de los trabajadores de salario mínimo en México...*, DTE-443
- John Scott, *Evaluación de políticas y programas públicos...*, DTE-444
- Sonia Di Giannatale, Gian Luca Clementi y Thomas Cooley, *A Theory of Firm Decline*, DTE-445
- Víctor Carreón y Alfonso Zerón, *Innovación de procesos en el costo de generación de electricidad*, DTE-446
- Víctor Carreón y Evangelina Dardati, *La tarifa de generación en México estimada con el mecanismo de orden de mérito*, DTE-447
- Rodolfo Cermeño y Daniel Garrido, *Convergencia de las entidades federativas de México, 1940-2004: un enfoque de series de tiempo*, DTE-448
- Rodolfo Cermeño y Huver Rivera, *La demanda por importaciones y exportaciones: evidencia de cointegración para México, 1991-2005*, DTE-449
- Juan Manuel Torres, Octavio S. Magaña y Francisco Moreno, *Determinantes del cambio de uso/cobertura arbolada en México*, DTE-450
- Juan M. Torres, David B. Bray y Octavio S. Magaña, *The Role of Scale in Mexican Community Forest Management*, DTE-451
- Richard H. Adams, Jr. and Alfredo Cuecuecha, *Remittances, Consumption and Investment in Ghana*, DTE-452

DIVISIÓN DE ESTUDIOS INTERNACIONALES

- Jesús Velasco , *Lou Dobbs and the Rise of Modern Nativism*, DTEI-171
Jorge Schiavon, *La diplomacia local del Distrito Federal (2000-2007)*, DTEI-172
Rafael Velázquez, *La proyección internacional de Baja California*, DTEI-173
Consuelo Dávila, Jorge Schiavon y Rafael Velázquez, *La paradiplomacia de las entidades federativas en México*, DTEI-174
Francisco Javier Aparicio y Covadonga Meseguer, *Collective Remittances and the State: The 3x1 Program in Mexican Municipalities*, DTEI-175
Alejandro Anaya, *Free Trade, "Spillover" and Human Rights Foreign Policies in North America*, DTEI-176
Alejandro Anaya, *Security and Human Rights in Mexico: Do Pressure from Above and Argumentation Have Anything to Do With It?*, DTEI-177
Jorge Chabat, *The International Role of Latin America After September 11: Tying the Giant*, DTEI-178
Jorge Chabat, *The Bush Revolution in Foreign Policy and Mexico: The Limits to Unilateralism*, DTEI-179
Jorge Chabat, *Franchises for Crime: "Maras" and North American Security*, DTEI-180

DIVISIÓN DE ESTUDIOS JURÍDICOS

- Gustavo Fondevila e Ingram Matthew, *Detención y uso de la fuerza*, DTEJ-23
Ana Laura Magaloni y Ana María Ibarra Olguín, *La configuración jurisprudencial de los derechos fundamentales...*, DTEJ-24
Ana Laura Magaloni, *¿Por qué la Suprema Corte no ha sido un instrumento para la defensa de derechos fundamentales?*, DTEJ-25
Ana Laura Magaloni, *Arbitrariedad e ineficiencia de la procuración de justicia: dos caras de la misma moneda*, DTEJ-26
Ana María Ibarra, *Los artificios de la Dogmática Jurídica*, DTEJ-27
Ana Elena Fierro y Adriana García, *Responsabilidad patrimonial del Estado. Interpretación de la SCJN del artículo 113 constitucional*, DTEJ-28
Adriana García y Dirk Zavala, *El análisis económico del derecho como herramienta para el diseño normativo...*, DTEJ-29
Carlos Elizondo y Luis Manuel Pérez de Acha, *¿Un nuevo derecho o el debilitamiento del Estado? Garantía de audiencia previa en la expropiación*, DTEJ-30
Ana Elena Fierro y Adriana García, *Guía de las decisiones del PJF en materia de competencia económica: Cómo generar una cultura de la competencia*, DTEJ-31
Carlos Elizondo y Ana Laura Magaloni, *La depuración de las corporaciones policiacas y el juicio de amparo*, DTEJ-32
Marcelo Bergman y Hernán Flom, *Policía y comunidad: una comparación...*, DTEJ-33

DIVISIÓN DE ESTUDIOS POLÍTICOS

- Joy Langston y Allyson Benton, *"A ras de suelo": Candidate Appearances and Events in Mexico's Presidential Campaign*, DTEP-199
- Gabriel Negretto, *The Durability of Constitutions in Changing Environments...*, DTEP-200
- Joy Langston, *Hasta en las mejores familias: Madrazo and the PRI in the 2006 Presidential Elections*, DTEP-201
- Andreas Schedler, *Protest Beats Manipulation. Exploring Sources of Interparty Competition under Competitive and Hegemonic Authoritarianism*, DTEP-202
- Alejandro Villagómez y Jennifer Farias, *Análisis de la evolución de la matrícula de las licenciaturas en CP, AP y RI en México, 1974-2004*, DTEP-203
- Julio Ríos Figueroa, *Judicial Institutions and Corruption Control*, DTEP-204
- Allyson Benton, *The Effect of Electoral Rules on Indigenous Voting Behavior in Mexico's State of Oaxaca*, DTEP-205
- Andreas Schedler y Cas Mudde, *The Quantitative Skeleton of Comparative Politics*, DTEP-206
- Joy Langston y Francisco Javier Aparicio, *The Past as Future: Prior Political Experience and Career Choices in Mexico, 1997-2006*, DTEP-207
- Francisco Javier Aparicio y Sandra Jessica Ley, *Electoral Institutions and Democratic Consolidation in the Mexican States, 1990-2004*, DTEP-208

DIVISIÓN DE HISTORIA

- Luis Barrón, *Revolucionarios sí, pero Revolución no*, DTH-44
- Ugo Pipitone, *Oaxaca: comunidad, instituciones, vanguardias*, DTH-45
- Luis Barrón, *Venustiano Carranza: un político porfiriano en la Revolución*, DTH-46
- Mauricio Tenorio y Laurencio Sanguino, *Orígenes de una ciudad mexicana: Chicago y la ciencia del Mexican Problem (1900-1930)*, DTH-47
- Rafael Rojas, *José María Heredia y la tradición republicana*, DTH-48
- Rafael Rojas, *Traductores de la libertad: el americanismo de los primeros republicanos*, DTH-49
- Mónica Judith Sánchez, *History vs. the Eternal Present or Liberal Individualism and the Morality of Compassion and Trust*, DTH-50
- Luis Medina, *Salida: los años de Zedillo*, DTH-51
- Michael Sauter, *The Edict on Religion of 1788 and the Statistics of Public Discussion in Prussia*, DTH-52
- Michael Sauter, *Conscience and the Rhetoric of Freedom: Fichte's Reaction to the Edict on Religion*, DTH-53

Ventas

El CIDE es una institución de educación superior especializada particularmente en las disciplinas de Economía, Administración Pública, Estudios Internacionales, Estudios Políticos, Historia y Estudios Jurídicos. El Centro publica, como producto del ejercicio intelectual de sus investigadores, libros, documentos de trabajo, y cuatro revistas especializadas: *Gestión y Política Pública*, *Política y Gobierno*, *Economía Mexicana Nueva Época* e *Istor*.

Para adquirir cualquiera de estas publicaciones, le ofrecemos las siguientes opciones:

VENTAS DIRECTAS:	VENTAS EN LÍNEA:
Tel. Directo: 5081-4003 Tel: 5727-9800 Ext. 6094 y 6091 Fax: 5727 9800 Ext. 6314 Av. Constituyentes 1046, 1er piso, Col. Lomas Altas, Del. Álvaro Obregón, 11950, México, D.F.	Librería virtual: www.e-cide.com Dudas y comentarios: publicaciones@cide.edu

¡¡Colecciones completas!!

Adquiere los CDs de las colecciones completas de los documentos de trabajo de todas las divisiones académicas del CIDE: Economía, Administración Pública, Estudios Internacionales, Estudios Políticos, Historia y Estudios Jurídicos.



¡Nuevo! ¡¡Arma tu CD!!



Visita nuestra Librería Virtual www.e-cide.com y selecciona entre 10 y 20 documentos de trabajo. A partir de tu lista te enviaremos un CD con los documentos que elegiste.